

HOMBRE DE CELULOIDE
FERNANDO ZAMORA

Recursos humanos: en clave fársica



Foto: Prisma Cine

ENSAYO
CHRISTIAN PEÑA

El centauro y su sombra



Foto: Ariana Pérez

SÁBADO 3 DE AGOSTO DE 2024
AÑO 21 - NÚMERO 1103

La fiesta pictórica de Gabriel Macotela

José Juan de Ávila / FOTOGRAFÍA: ARIANA PÉREZ



Una serie de exposiciones enmarcan los 70 años de Gabriel Macotela, quien aquí habla sobre su larga trayectoria artística

“Creo en el regreso de la naturalidad del amor”

JOSÉ JUAN DE ÁVILA FOTOGRAFÍA ROGELIO CUÉLLAR

Gabriel Macotela (7 de octubre de 1954) se sigue sintiendo miembro del grupo SUMA, una fraternidad de artistas que hace casi medio siglo tomó las calles con arte y activismo en el México de la represión.

“Yo sí creo en nuestra generación”, comenta en entrevista con *Laberinto* en vísperas de recibir (el jueves 1 de agosto) un homenaje en el Palacio de Bellas Artes por sus 50 años de trayectoria y su cumpleaños número 70, que celebrará entre amigos y familia, con su hija, con una cena, enchiladas de mole (su platillo favorito), cerveza oscura y música mexicana, brasileña, rock, blues, jazz, clásica, barroca, ópera y hasta punk.

Conversa en su casa estudio en la colonia Roma, que recibe a los visitantes con un mural contra la guerra en su fachada, al que ese día alguien grafiteó, lo que el pintor, escultor, músico, escenógrafo y performer acepta con la resignación de quien llevó a bardas y muros sus ideas estéticas y políticas.

“Hice un mural contra la guerra y hoy me lo grafitearon. Es parte de lo mismo”, suspira el fundador de SUMA, un grupo artístico formado en 1976 en torno al pintor y maestro Ricardo Rocha.

Cuenta entre risas que en esa misma zona de la ciudad se reunían los miembros de SUMA con los poetas infrarrealistas encabezados por Roberto Bolaño y Mario Santiago Paskari, todavía “más radicales”, con quienes siempre terminaban a golpes después de las discusiones y, al final, con abrazos.

“Ellos se juntaban mucho con Poli Delano, un escritor chileno maravilloso. Se reunían con él y los SUMA

también nos reuníamos ahí. Nos peleábamos fuertísimo. Siempre a golpes. A veces ganaban ellos, a veces nosotros. Bolaño era muy difícil de carácter; muy bello, pero muy difícil. Discutíamos mucho y nos peleábamos por la estética que teníamos los SUMA y los infras, aunque en el fondo era parecida. Éramos muy radicales. Nosotros éramos comunistas, queríamos a la Revolución cubana; ellos eran críticos. Tomábamos mucho y siempre terminábamos a golpes. Pero nos divertíamos. Nosotros empezábamos a vender nuestro trabajo, a exponer, éramos *underground*”, cuenta Macotela.

No obstante semejantes batallas, se asume como pacifista y, en el fondo, anarquista, como los punks.

El 20 de julio pasado el Seminario de Cultura Mexicana (SCM) inauguró en su sede de Masaryk 526 la primera retrospectiva del tapatío, *Gabriel Macotela: 70 años de algarabía*, con 75 obras que abarcan pintura, dibujo, grabado, escultura y fotografía, buena parte de ella de la colección de su amigo Rogelio Cuéllar, que curó la muestra. A la par, el artista celebra 50 años de trayectoria con *Rendija de luz*, una exposición en la galería Acapulco 62 (Dr. Atl 217, Santa María la Ribera), que incluye la instalación-maqueta *El éxito de la guerra*, en torno a la invasión de Rusia a Ucrania y el genocidio perpetrado por Israel contra los palestinos, con música compuesta por Eugenio Elías y Jorge Luri Molina. Y, desde el 25 de abril, exhibe en el Museo de Arte de Sonora (Musas), en Hermosillo, *La esencia de la repetición*. Además, el jueves 8 de agosto se inaugura en la Casa Universitaria del Libro (Casul) la muestra *Nuestro Macotela*, en la que se exhibirán 70 cartas que le escribieron amigos entre los que se encuentran Vicente Rojo, Brian Nissen y María Luisa Passarge y Rogelio Cuéllar. Macotela confiesa sentirse



conmovido, contento por los homenajes. Se dice muy decepcionado de la política y, hombre de izquierda, subraya sus diferencias con el gobierno de Andrés Manuel López Obrador, aunque reconoce que hoy no es más el México represivo que le tocó vivir en los sexenios de Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría, Carlos Salinas o Enrique Peña Nieto.

Ahora que ve al fin una retrospectiva de su obra en el SCM, ¿se reconoce en lo que ve?

Me sorprende. Hay obras que no veía desde hace muchos años y me sorprende que pensaba diferente, que era otra persona. Es increíble que ya no pueda hacer eso, que ya no pinte así, que ya no sea así. Me doy cuenta que uno cambia con la vida, hace uno cosas diferentes. Retomo o pierdo lenguajes que tuve de joven. Así es la vida, difícil definirla.

Pieza de Vicente Rojo que se exhibirá en la muestra *Nuestro Macotela* que se inaugura el 8 de agosto en la Casa Universitaria del Libro.

¿Qué etapas reconoce en su obra?

Quisiera entenderlo como una línea que ha ido cambiando y cambiando. O declinando y luego subiendo y luego bajando. Todos tenemos esa parte. Ya no tengo la energía que tuve, pero tengo otro tipo de energía para hacer otras cosas. La poética cambia, la misma pintura, la textura. Es muy complicado. Veo cosas que ya no puedo hacer y otras que ya son otra cosa. Eso pasa con la vida, con los pintores, cada uno es diferente. Va encontrando cosas y va perdiendo cosas.

Se define como abstracto. ¿Alguna vez lo tentó lo figurativo?

De estudiante, claro que sí. Pero encontré muy tempranamente que no era mi lenguaje. Me encanta la figura; de hecho, sigo haciendo figura dentro de lo abstracto que soy. Me considero no un abstracto puro, sino una mezcla entre la figuración y la abstracción. Me interesa el tema urbano, la cuestión selvática y salvaje. Me encanta la parte arquitectónica, el constructivismo, la deconstrucción, el cubismo. Me siento un poco derivado de todo eso.

Después de medio siglo, ¿cómo ve en retrospectiva a SUMA?

Sigo siendo un poco SUMA. Éramos grandes amigos: Mario Rangel Faz, Santiago Rebolledo, el mismo Ricardo Rocha. Aprendimos juntos la calle, el arte *povera* (arte pobre), a trabajar con desperdicios, a dibujar, a pintar. Empezamos a ser influidos por movimientos que no conocíamos, como el dada, el surrealismo, los abstractos. Buscábamos construir lenguajes personales, siempre aprendiendo unos de otros.

Pero no solo fueron artistas, había un activismo político detrás.

Estábamos muy conflictuados por la cuestión social y política en México y América Latina, participando como activistas. Nos tocó una época muy compleja, de dictadores, de problemas políticos muy fuertes. Éramos jóvenes y



estéticamente se nos mezclaban la realidad política y social con la estética. Nos tocó la época maravillosa de Manuel Felguérez, Vicente Rojo, de los últimos artistas pop, como Robert Rauschenberg. Y agarrábamos todo lo que podíamos en sentido estético para aprender y expresarnos. También de músicos, de escritores. Todo es nos formó.

¿Qué unía a SUMA?

La fraternidad. Ricardo Rocha y Felipe Ehrenberg fueron muy importantes para nosotros. Gilberto Aceves Navarro, mi maestro, viví con él y fue como un padre. Luego estuvo Vicente Rojo, por la cuestión catalana. Yo viví 15 años con Yani Pecanins, las Pecanins me formaron mucho, me ayudaron a ver pintura. Empecé a exponer con ellas en su galería. Y luego Yani y yo empezamos a hacer cosas juntos, libro-objeto. SUMA, más otros grupos, nos juntábamos en la Academia de San Carlos. Era también una época increíble de críticos de arte, que apoyaron nuestro trabajo: Jorge Alberto Manrique, Teresa del Conde, Juan García Ponce, los hermanos Castro Leñero. Me siento parte de esa generación, con Demián Flores, Boris Viskin y Roberto Turnbull, que

son los más jóvenes, pero de alguna manera un poco lo mismo. Nos tocó una transición difícil después de la generación de la Ruptura, de Cuevas, Toledo, Von Gunten, Corzas, Gerzso, Rojo...

¿Cuál diría que es su aportación generacional al arte en México?

Todavía no hay una definición real de nuestra aportación estética. Falta un poco de tiempo para definir lo que hacemos y seguimos haciendo, su importancia. Tuve una relación cercana con Toledo, un motor alucinante del arte en México, aunque no pertenezco a su raíz. Pero la mezcla de todo eso, de ellos y de otros, construye una estética de nuestro trabajo, de nuestra manera de hacer las cosas.

Mencionó también una generación de críticos. ¿Cómo es su relación actual con la crítica?

Ya casi no hay crítica. Son fenómenos que fueron y ya no están. Vino el arte conceptual contemporáneo, que también es de una complejidad muy padre y difícil de definir. Hay una realidad diferente en los museos, con los curadores, con los galeristas, a la cual uno no pertenece, pero me emociona ver co-

lecciones. No creo tener una definición para eso. Es un momento no solo de México, sino del mundo. En el arte va a pasar mucho tiempo para asentar las cosas, pero eso es también lo bello y extraordinario. Es una cosa demasiado compleja, a veces entre la torpeza de la difusión cultural y los medios, que no sabemos definir.

Citó a la galería Pecanins. ¿Qué pasa hoy con las galerías? ¿El mercado se comió a los artistas?

Qué difícil decir eso. Sí y no. Ahora estoy en una galería española, Galería Hispánica. Cada artista tiene una. Siempre, desde joven, trabajé en una galería, en casa de las Pecanins, luego en la Juan Martín, López Quiroga... Ahora hay muchos artistas independientes que crean sus propios espacios, su propia difusión y forma de comunicar y difundirse. Es un fenómeno real. Se cierran espacios, se abren nuevos, pero siempre tenemos, afortunadamente, amigos que le coleccionan a uno.

Gabriel Macotela en su estudio (1983).

“Me considero no un abstracto puro, sino una mezcla entre la figuración y la abstracción”

SUMA, al final, reunió a amigos. ¿Qué es para usted la amistad?

Es la esencia de la vida. Los amigos, los compañeros, la familia, yo creo en eso, amo eso, lo disfruto, me gusta compartirlo. Y uno aprende de todos. No me gusta complicarme mucho intelectualmente con eso, quisiera que fuera más natural. Creo en el regreso de la naturalidad del amor, al margen de la estética y de la tecnología.

¿Cómo ve a México?

Me preocupa mucho, me enoja mucho la violencia mexicana. A diario leo sobre las fosas comunes, la delincuencia, el Estado tomado por los narcos, un fenómeno que viví desde joven. La impunidad, los feminicidios, las desapariciones, son algo interminable. He tenido muchas diferencias con este gobierno en ese sentido. No es un tema del que me guste hablar, pero me preocupa, y lo manifiesto, lo digo, no puedo callarme.

¿Cómo se siente con los homenajes que recibirá, uno de ellos en Bellas Artes?

Conmovido, feliz. Me gana la emoción. Los amigos me han ayudado mucho en la vida, en la pintura. Es complicado decir cómo han sido 50 años de trabajo, la pasión, el cariño, la emoción, con altibajos. Y yo viviendo en México, muy complicado en todos los sentidos, pero participando en todo lo que puedo hacer con mis compañeros pintores y amigos increíbles: Demián Flores, Rogelio Cuéllar, Gustavo Monroy, Boris Viskin, Josefina Pacheco, Irma Palacios, los Castro Leñero (Francisco y Alberto). Creo en nuestra generación, aunque tengamos diferencias estéticas. Y creo en la formación que tuve con grandes maestros, como Toledo, Felguérez, Aceves Navarro, Rojo...

¿La música fue su frustración o el impulso para pintar?

Mi mamá tocaba el piano; mi hermana Rosita, que murió muy joven (en 2012), tocaba el violín. A mí me ganó la pintura. Sigo tocando mal, pero con gusto. Hice mis rolas, entré al Conservatorio muy joven, aprendí música contemporánea. Y siempre pinto con música.

¿Y por qué bautizó a su grupo de rock como Los enemigos de Los Beatles?

Porque tocábamos de la chingada. Era de broma, de cariño, porque amo a los Beatles. ¿Cómo crees que me voy a burlar de esos monstruos? Soy roquero, bluesero. Y se me hizo un homenaje bello, poético. Todo mundo se ríe y me pregunta lo mismo que tú.

Alguien que tocó en un grupo llamado Los enemigos de Los Beatles no puede sentir pena.

Imagínate: adorador de Led Zeppelin, Pink Floyd, The Beatles, Cream, Jimi Hendrix, Janis Joplin, The Who. ¿Qué te puedo decir? Un día mi hermana me habló y me dijo: “Hermano Gabriel, toca un grupo en el Hotel de México, un trío, vente”. Y yo estaba pintando y dije: “No, no voy”. Era The Police. Me arrepentí toda la vida. ■

Los lectores pueden leer una versión íntegra de esta entrevista en www.milenio.com/cultura/laberinto